

## JOSÉ RUBINSTEIN

# En la cumbre

**L**íderes mundiales que, honrando a la globalización, se desplazan entre continentes y asisten a las cada vez más comunes “cumbres”, intercambian experiencias y fijan directrices. Existen desde el Grupo de 3 hasta el de 20.

Simple deducción, si las cumbres cumplieran con sus objetivos, el mundo no andaría de cabeza. Se trata de juntas relámpago en las que el tiempo limitado impide examinar los temas a fondo. Luego de fugaces participaciones individuales se procede a firmar el protocolo correspondiente y, por supuesto, los asistentes posan satisfechos para la foto del grupo, tal vez en mayor medida por enriquecer la *egoteca* particular de cada quien que por el éxito de la reunión.

Interesante declaración:

“En nuestra reunión en Washington... acordamos intensificar la cooperación para enfrentar los retos de la situación actual, así como la necesidad de trabajar en conjunto en una amplia gama de reformas para fortalecer el sistema financiero internacional. Los jefes de gobierno anunciaron un conjunto de medidas en este sentido que implementaremos lo más pronto posible”.

La declaración anterior —citada por Moisés Naím en *El País*— que bien podría referirse a la última reunión del G-20, corresponde a la reunión de ministros de economía del G-7 ocurrida en 1998 en reacción a la crisis asiática.

En vez de acudir a los consabidos y genéricos “machotes” que rubrican normalmente este tipo de cónclaves, sería de mayor utilidad concretar acuerdos de beneficio colectivo.

La reunión del G-20 del sábado anterior en Washington pretendió ser equiparada a la de Bretton Woods —nombre de la estación de tren utilizada—, que se celebró en New Hampshire en 1944, donde quedaron fijadas las reglas para las relaciones comerciales y financieras entre los países más desarrollados, fueron creados el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, además de haber instituido al dólar como moneda internacional. Un evidente argumento para desecharse tal comparación es que la encrucijada actual requiere acción inmediata, mientras que los acuerdos de Bretton Woods tardaron dos años en materializarse.

George W. Bush, en aparente estado de autómatas, con inamovible rictus que forzaba una falsa sonrisa en su inexpresivo rostro, asistió a su última cumbre, al ser anfitrión del G-20 y sintiendo ya lo tupido, sin poder ocultar el ocaso de una presidencia fracasada y con el añadido de la detonación de una bomba financiera que no puede —ni sabe— enfrentar.

Bush no se emplea a fondo ante la crisis financiera global porque ya se va. Obama no actúa —se le otorga el beneficio de la duda— porque aún no es el presidente en funciones. O sea, mientras uno está por irse y el otro por llegar, la inercia corroe en caída libre a los mercados de valores, donde cada día se evaporan considerables millonadas.

Creo que cuando menos Obama ya debió haber designado a su secretario del Tesoro, decisión que podría contribuir a tranquilizar los ánimos y permitir que éste se vaya interiorizando en los asuntos económicos.

Qué resultados concretos podríamos esperar de la urgente cumbre del G-20, cuando la misma se desarrolló en escasas cuatro horas. Entre 26 participantes, a cada quien le correspondieron teóricamente nueve minutos para exponer su posición.

Sin duda estamos ante la mayor crisis financiera desde la Gran Depresión. El desempleo aumenta galopantemente. El Citibank, cuya acción en bolsa ha descendido de 60 dólares a solamente cinco, despidió de súbito a otros 52 mil empleados. Las tres principales automotrices de Estados Unidos, General Motors —¿lo puede usted creer?—, Ford y Chrysler, que conjuntamente significan cinco millones de empleos, entre directos e indirectos, suplican por ayuda financiera para evitar declararse en quiebra. Reportes de este último mes muestran que EU ha entrado ya en deflación.

Ignorando el irreparable daño que cada día significa, nuestros encumbrados líderes concluyeron, tras su reunión en Washington, recomendar estabilizar los sistemas financieros, respaldar las políticas monetarias, estimular fiscalmente la demanda, ayudar a las economías emergentes, pidiéndole al Banco Mundial enfocarse en especial a naciones en vías de desarrollo, y asegurar que el FMI, el Banco Mundial y otros organismos tengan suficientes recursos para enfrentar la crisis.

*Bull shit*, como dirían los gringos. Los integrantes del G-20 deben asumir que alguna vela tienen en este entierro y proceder urgentemente a detener la avalancha que está adquiriendo inimaginables proporciones.

[jrubi80@hotmail.com](mailto:jrubi80@hotmail.com)

